

Conchi San Martín  
Ruth Sastre  
Manuel L. de la Mata  
María Lojo (eds.)

# Descendientes de víctimas del franquismo

Reflexiones y voces  
en torno a la memoria  
de las terceras y  
cuartas generaciones



# Descendientes de víctimas del franquismo

Reflexiones y voces en torno  
a la memoria de las terceras  
y cuartas generaciones



Conchi San Martín, Ruth Sastre,  
Manuel L. de la Mata y María Lojo (eds.)

# Descendientes de víctimas del franquismo

Reflexiones y voces en torno  
a la memoria de las terceras  
y cuartas generaciones

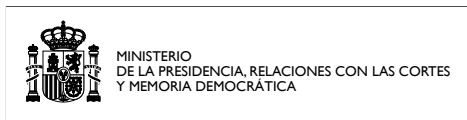
Octaedro 

Colección Universidad

Título: *Descendientes de víctimas del franquismo. Reflexiones y voces en torno a la memoria de las terceras y cuartas generaciones*

---

Esta publicación ha sido posible gracias a la subvención concedida por el Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática a la Fundació Universitària Balmes (FUB). Convocatoria 2021 de subvenciones destinadas a actividades relacionadas con la recuperación de la Memoria Democrática y las víctimas de la guerra civil y de la dictadura.



---

Primera edición: junio de 2023

© Conchi San Martín Martínez, Ruth Sastre Sánchez, Manuel L. de la Mata Benítez y María Lojo Ballesta (eds.)

© De esta edición:

Ediciones OCTAEDRO, S.L.  
C/ Bailén, 5 – 08010 Barcelona  
Tel.: 93 246 40 02  
octaedro@octaedro.com  
www.octaedro.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN (papel): 978-84-19690-18-0

ISBN (PDF): 978-84-19690-19-7

Diseño de la cubierta: Tomàs Capdevila

Fotografía cubierta: tierra abierta tras la finalización de los trabajos de exhumación realizados en la fosa común del Puerto de La Pedraja (Burgos) por la Sociedad de Ciencias Aranzadi en agosto de 2010. Autora: © Ruth Sastre Sánchez (26 de septiembre de 2010).

Fotografías interior: © C. San Martín

Corrector: Xavier Torras Isla

Realización y producción: Ediciones Octaedro

# Sumario

Prólogo . . . . .	9
EMILIO SILVA BARRERA	
1. A modo de introducción . . . . .	15
2. Memoria colectiva: aspectos conceptuales . . . . .	21
MANUEL L. DE LA MATA BENÍTEZ Y MARÍA LOJO BALLESTA	
3. Primer relato . . . . .	39
4. Segundo relato . . . . .	41
5. Tercer relato . . . . .	45
6. Quiebres en las narrativas familiares de víctimas del golpe de Estado y la dictadura: conocimientos e interpretaciones de las terceras y cuartas generaciones . . . . .	49
CONCHI SAN MARTÍN MARTÍNEZ	
7. Cuarto relato . . . . .	67
8. Quinto relato . . . . .	71
9. Sexto relato . . . . .	73
10. La recuperación de la memoria histórica en las terceras y cuartas generaciones de víctimas del franquismo: la emergencia del <i>mito del descendiente</i> . . . . .	77
RUTH SASTRE SÁNCHEZ	
11. Séptimo relato . . . . .	97
12. Historia de vida . . . . .	101
13. A modo de cierre . . . . .	117
Referencias . . . . .	125
Sobre los editores . . . . .	131





# Prólogo

EMILIO SILVA BARRERA

Asociación Recuperación Memoria Histórica (ARMH)

Hay silencios repletos de significados, rebosantes de historias, de miedos, de recuerdos, de momentos para morderse la lengua, de precavida cautela. Los hay que gritan lo que callan, que claman la existencia de algo escondido, elíptico, encubierto, agazapado. Hay silencios que esperan el momento de dejar de serlo, que aspiran a quebrarse, a derramarse a través de una grieta, a romperse frente a la pregunta precisa, a dejar de serlo ante un contexto que les proponga (facilite) hacerlo.

Las familias que sufrieron la violencia franquista a partir del golpe de Estado de julio de 1936 y durante los largos y oscuros años de la dictadura no abandonaron sus recuerdos, ni sus ausencias, ni sus temores. Protegieron sus vidas como si el daño no hubiera ocurrido, como si no llorasen en secreto el padecimiento de una sepultura ausente, el duelo amputado de tener un ser querido desaparecido, el pánico a que los dueños del país registraran sus vidas, cachearan sus biografías y regresara la violencia.

Decía el poeta argentino Juan Gelman que «tras las dictaduras comienzan a trabajar los organizadores del olvido». Cuando muere Franco y se inicia la recuperación de la democracia, las élites necesitan gestionar esos silencios, alargarlos, fortalecerlos, tratar de que no se debiliten, convertirlos en triunfos de la democracia reconciliadora, en formas de perdón, en hábitos inconscientes, en largos silencios mudos.

Modesta Santín murió en el verano de 1997. La enterraron en un panteón coronada por los apellidos de su marido, que se encontraba desaparecido en una fosa común. En los veinte años

de democracia que vivió tras el final de la dictadura franquista, nunca les habló a sus nietos de su abuelo, nunca mencionó una anécdota que pudiera explicar quién fue, nunca dijo que quería hallar el cuerpo de su marido, que en un país democrático las instituciones deberían haberla ayudado a hacerlo, nunca fue capaz de enunciar. Y, mucho menos, de denunciar el terrible hecho que le tocó vivir cuando un grupo de pistoleros falangistas detuvieron a su marido y lo asesinaron en una cuneta y escondieron su cadáver.

En muchas familias, como la de Modesta, se transmitió la necesidad de callar, la importancia de no decir, de tener cuidado, de no significarse. Ese hábito, construido como un manual de instrucciones de supervivencia en la dictadura, lo siguió siendo en democracia. Y, para quien pensara que podía romper su silencio y señalar a los responsables de las violaciones de derechos humanos, llegó un golpe de Estado, con un teniente coronel secuestrando el Parlamento, pistola en mano y gritando: «¡Quieto todo el mundo!». Y todo el que tenía que entenderlo permaneció quieto.

Cuando, en el año 2000, se exhumó de manera científica una fosa común de desaparecidos por la represión franquista, en Priaranza del Bierzo, algo se quebró en el orden establecido por los organizadores del olvido. Los nietos y las nietas de quienes habían sufrido la represión decidieron agrietar ese muro, significarse y convertir sus silencios heredados en memoria pública.

Como escribió el sociólogo Jesús Ibáñez, «una revolución es una gran conversación». La imagen de una fosa es la metáfora perfecta de una boca. Cuando la tierra comenzó a relatar lo que durante tanto tiempo había escondido, hablaron las familias, los arqueólogos, los forenses, los psicólogos, los vecinos que sabían muchas cosas, los medios de comunicación que apenas habían investigado esos crímenes e, incluso, las instituciones, que durante décadas callaron y compartieron su silencio con las cunetas.

En las primeras exhumaciones científicas de fosas comunes los pueblos que veían llegar a un equipo técnico que acompañaba a los familiares y activistas y los vecinos vivían una tensión que solidificaba el aire. Llegaban para romper un tabú que todos conocían, que todos habían recordado y, en el caso de las víctimas, con las ventanas bien cerradas y la voz baja y temerosa.

La han llamado la *generación de los nietos*, pero son personas de distintas edades que han heredado silencios y han decidido romperlos, que han iniciado la desactivación de los miedos familiares, de las órdenes conscientes o inconscientes que dicen: «Mejor no lo hagas, mejor no lo digas».

Durante más de cuarenta y cinco años de democracia, miles de personas han muerto con la memoria repleta de vivencias terribles que nunca han contado a nadie. La democracia debería haber creado el contexto para que se sintieran seguras, para que pudieran hablar, pero no lo hizo. A la impunidad se la llamó *reconciliación*, al miedo y a la imposibilidad de contar públicamente lo ocurrido se los llamó *perdón*.

Quienes organizaron el olvido promovieron el silencio de los testigos y procuraron que esa parte de la historia no figurase en los libros de texto. Había que ganar tiempo. Pero hay silencios que son formas de esperanza, respiraciones contenidas, relevos que se entregan a otras generaciones para que rompan las ventanas y las puertas y para que lo que fue susurrado y no dicho sea conversado, enunciado, denunciado, debatido en parlamentos, explicado en colegios, en teatros, en reuniones familiares donde, por fin, se cuente toda la verdad.

Pertenezco a una familia que me transmitió el secreto de la desaparición de mi abuelo, un civil republicano, con la orden de no hablar nunca de lo ocurrido fuera de casa. Soy nieto de Modesta Santín y, al escribir estos renglones, alguien podría pensar que la estoy desobedeciendo. Sé que a ella le hubiera gustado escribirlos, recitarlos, gritarlos, pero no pudo. A quienes estoy desobedeciendo es a quienes la obligaron a callar, a quienes no la ayudaron a saber, a decir, a contar.

Con la búsqueda de los restos de los abuelos y abuelas desaparecidos se aprende la desobediencia al miedo. Cuando se inauguró una placa junto a la fosa en la que durante sesenta y cuatro años permanecieron ocultos los restos de mi abuelo, afloró un pensamiento que me impactó: «Aquí nació mi silencio y aquí murió mi silencio». El asesinato de mi abuelo construyó la orden de callar, pero la recuperación e identificación de su cuerpo crearon la posibilidad y la necesidad de hablar.

Este libro se suma a la conversación de la memoria y quiere analizar todo aquello que no se dice porque contarle duele y crea inseguridad. El silencio ha alterado las emociones y la vida

de muchas familias y de varias generaciones: comportamientos protectores, vergüenzas, miedos, complejos de los cuales a veces no se conoce ni la causa por la falta de relato. Expresar el pasado es dejar de estar presos de él.

